

RELATOS (I)

David Carvajal Garrido

Relatos (I)

David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia

Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

JUGUETES EN LA BAÑERA

Cuando una mujer a la que inconfundible y perceptiblemente intereso para algo más que una conversación con palabras -hay conversaciones con la mirada, con las manos, con silencios, con todo el cuerpo... de tal tipo suelen querer estas mujeres de las que hablo-, que acabo de conocer, una mujer cualquiera, una nueva conquista quizá, una posible entrega y recogida, en fin, una pregunta: “Pero, ¿tú tienes novia?” Cuando me hacen tal proposición directa, yo, que no sé lo que es eso, me río, me encojo de hombros, la miro directamente también a sus ojos. Tras unos segundos sin responder, exasperando a la expectante espectadora de mi actuación, finalmente pregunto yo con este contraataque: “¿Que si estoy enamorado, dices?” Porque no es lo mismo. De hecho, cuántas veces se ha dado un caso sin el otro. ¿Un millón? ¿Diez millones? ¿Mil millones? Yo creo que un millón de millones, por lo menos.

Cuando se pretende poseer durante un rato -sea un par de horas, sea un par de vidas-, o ser poseído, se busca primero que el interlocutor esté lo que llaman “libre”. ¿Pero qué diablos es “ser libre” o “estar libre”? Libre. Libre albedrío. Libre comercio. Tiempo libre. Libre libertad. Taxi libre. Libre... Lo que no entiendo se resume principalmente en dos cosas. La primera: ¿Por qué ese empeño de ponerle nombre, etiqueta, reglas de definición a las cosas? Y la segunda: ¿Por qué se es -o soy- menos libre por tener lo que llaman una pareja? Que al fin y al cabo, de eso es lo que hablamos. Falso. No es eso. Yo hablo de amor, que sólo en casos excepcionales -aunque con frecuencia se crea lo contrario- tiene algo que ver.

Amor libre. Yo me siento libre cuando amo. Cuando siento, cuando no puedo dejar de pensar en ella, cuando despierto de soñarla por las noches con ojos cerrados y al abrirlos la sigo viendo. Y ella es ella y no otra. Que amor libre no significa amar un rostro, un cuerpo, un alma distinta cada vez, como suele pensarse. Eso ni siquiera es amar de ninguna de las dos maneras. Lo que sí es amar, amar de verdad, estar enamorado hasta el tuétano de los huesos, no es otra cosa que elegir -libremente- sin más opción una y sólo una mujer de la que estarlo.

Así de simple. Claro que no tengo novia. Pero estoy enamorado. Siempre lo estuve. Siempre lo estaré. Aunque ella haya cambiado y cambiará de nombre varias veces. O de rostro, o de cuerpo, o de lo que ella quiera cambiar. Menos de esa cosa intangible, inmutable, indescriptible, que hace que sea ella y no otra. Que ninguna de las otras sean ella. Aunque ella haya sido Alejandra, Lucía o

Beatriz, rubia, morena o con mechones multicolores. Aunque su voz o su sonrisa o sus palabras hayan variado, sus mismos labios siempre me dieron y me darán esos besos que habrán de saber igual, con ese sabor. Un sabor dulce -a veces deliciosamente amargo-, un sabor especial a luna y agua y fruta fresca, un sabor único que hace de mi paladar un disfrute, de mi pecho un polvorín con algo dentro a punto de explotar, de mi estómago un laborioso hormiguero, de mi sexo un bigbang inminente.

Sexo. Eso sí. Con eso nunca parece haber problema. O resulta ser todo el problema. Esto es, cuando se tiene pareja el sexo con otra persona está prohibido, no existe, no es amor. Pero cuando no se tiene, no hay límites, se hace sin medida, sin mesura, en cantidad sin calidad, se hace sin amor. Hacer el amor. ¿Qué es eso? Yo hago el amor constantemente, con o sin compañía. Lo hago con los ojos cuando miro y deseo; lo hago con la nariz cuando huelo ese perfume que se desprende al pasar y deseo; lo hago con la boca y las orejas cuando charlo con ellas y deseo; y a veces, lo hago con las manos y el cuerpo cuando toco y me tocan... y no siempre con deseo.

Hoy día es mucho más fácil desnudarse el cuerpo. Pero es tan difícil desnudarse el alma. Debería ser al revés. Debería llegar antes la confianza, el respeto, algún sentimiento quizá, una chispa, un escalofrío que estremezca desde dentro para que se pueda tener desde fuera, un deseo de algo más que el deseo, un vínculo primigenio -pequeñito, si se prefiere-, un saber quién es el otro, aunque no se sepa quién es uno mismo... o algo. Pero no. Aquí te maté, porque aquí te pillé. Da asco. Pero es así. Y yo sólo soy un pobre loco idealista. Y un asqueroso también. Es tan fácil amar a medias, sexo sin rostro ni nombre, desnudarse el cuerpo.

¿Qué digo al revés? Lo mismo debería ser. Esa cosa que llaman pudor, vergüenza, intimidad. Las criaturas más maduras -anacrónicamente hablando- del planeta, los niños, no lo conocen. Yo recuerdo aquellos tiempos en que compartía bañera con la hija de la vecina del tercero, muy amiga de mi madre a raíz de una animada conversación de ochenta y tres segundos en el ascensor acerca de cuándo coño arreglarían la bombilla parpadeante del portal. A veces ellas quedaban a tomar café vespertino -el único que hay, en realidad, puesto que el que se toma por la mañana no es café, es simplemente un botón de encendido del resto del día-, una subía, o la otra bajaba. Y a nosotros dos, los niños, nos metían en la bañera con un montón de juguetes y mucha mucha espuma. Hasta que a ella le crecieron las tetas. Fueron tres años chapoteando juntos, pellizcándonos pezones, habitando incluso hasta la misma toalla. Pero un buen día ella experimentó un cambio. Se hizo mujer. Yo no

comprendí nada. Pero lloré. Lloré como nunca había llorado antes en toda mi corta vida de entonces. Lloré porque la perdí. Mi compañera de juegos de agua y rostro húmedo. Mi sirena...

Al final siempre queda lo mismo. Los eternos consuelos. Desde la fría masturbación del alma a través de espejos, de paseos, de visitas, de cambios de cama, de acompañantes de alcoba, de adioses sin su hola, del te estudio o me trabajas, de la vieja almohada desdoblada, de la ducha fría o la taza caliente -a veces al revés-, de tantas cosas, en fin, que resultan ser tan poca cosa.

Y mientras espero que llegue Ella, contemplando la puerta, la que tiene el timbre roto -que no tengo ganas de arreglar todavía-, a ver si llama, pasa, siéntate, tómate algo, tómame, ámame, hola, te esperaba, Amor. ¿Que qué hago esta noche? ¿Y las próximas noches del resto de mi vida? Pues salvo la última, que he quedado con otra que no eres tú... Nada, Amor. Para ti, estoy libre.

¿QUIERES UNA MANZANA?

Tenía hambre. Lo cual no era algo nuevo. Pero no era como antes. Pedalear le da hambre a cualquiera. Antes Samuel sabía lo que era pasar hambre de verdad. Apenas si ganaba para unas papas, algo de maíz y dos puñados de arroz. Con eso podían aguantar para un par de días sus padres y su hermana. Con lo que papá ganaba en los campos de soja y con lo que el padrino de Úrsula enviaba cada semana no daba para mucho, pero era mejor que nada. Era mejor que trabajar en la mina. Era mejor que robar a los turistas. Era mejor que el hambre de antes, la de verdad.

Sí, a Samuel le gustaba pedalear. No sólo lo hacía por ganarse algunas monedas al día. Lo hacía con mucho gusto. Todos los días, muy de mañana, se levantaba con la luz del sol, se vestía, se lavaba la cara con el agua de la fuente -siempre se encontraba allí gente haciendo cola, pero eso le permitía hacer amigos-, desayunaba torta de maíz y se iba pedaleando hasta la ciudad, a la tienda donde hacía los recados.

Aquella bicicleta había cambiado su vida. No era una gran bicicleta, pero tenía dos ruedas, un manillar, un sillín y dos pedales. No necesitaba más. Sabía que era la envidia de muchos otros niños. Sabía que serían capaces de dar una pierna a cambio de una bicicleta como la suya. Él la daría, así tuviera que montarla con un solo pie.

* * *

No había día que no recordara cómo la consiguió. Todo fue gracias a Paco. Un hombre extraño, pero muy bueno. Llegó un día en el que nadie lo esperaba. Decía venir del otro lado del océano, de España. Aunque nadie lo supo hasta mucho más tarde, había venido por un proyecto de desarrollo humano llevado por una organización no gubernamental relacionada con cierta universidad española.

Las primeras semanas las dedicó a pasearse por las barriadas, a conocer las familias, a revisar el estado de las favelas... y a contar todo tipo de cosas a los niños. Se sentaba en el suelo y formando corro hacía reír a su joven público diciendo disparates. Cuando alguien le preguntaba su nombre, siempre decía: <<Mi madre me puso Francisco. Pero ese es nombre de santo y yo de santo no tengo nada. Llamadme Paco.>>

Tenía el pelo no muy largo y siempre revuelto, rubio arena, y dos entradas que empezaban en las sienes y amenazaban con una inminente calvicie precoz. Sus ojos eran de un verde muy oscuro, achaparrados por la frente, de finas cejas, de fija mirada. Esa mirada inspiraba confianza, llegaba al centro mismo de las personas. Su rostro, algo picado de viruela, tenía el mentón levemente cuadrado, acentuándosele cuando se reía, que era la mayor de las veces.

De hecho, nunca se cabreaba excepto por una cosa: cuando se ponía a hablar de “la Universidad”. Decía que aquello no era más que una “escuela de pánfilos”. Un lugar en el que había pocas personas que de verdad merecieran la pena y que el resto no eran más que una colección de acomodados culos sentados en sus despachos, cuyo único objetivo en la vida era hacer que su nombre apareciera en más sitios que el del culo del despacho de al lado. Y tomar café, por supuesto.

Definitivamente, Paco no era el típico profesor. Siempre iba en sandalias, con ropa ancha, casi de safari, llevaba pulseras artesanales y fumaba tabaco de liar. Nunca reveló su edad ni sus apellidos, nunca contó nada relevante de su vida, nunca decía nada que pudiera provocar situaciones desagradables o momentos de tirantez. Pero sobre todo era muy gracioso. Tanto verle como oírle hablar. A veces se confundía, o no pronunciaba todas las letras, o decía tacos constantemente, pero siempre hablaba: para hacer reír, para aconsejar, para enseñar, para agradar, para no decir nada.

Pero pese a su abierta y complaciente personalidad, no hacía gracia a todo el mundo. Algunos de los adultos, sumergidos en la rutina diaria y con sus cuerpos, mentes y esperanzas sepultados en años de penurias y vicisitudes, no le admitían. Había llegado de fuera, con ese acento extraño, con esa apacible sonrisa, con ese aire inevitablemente displicente que todo extranjero tiene -aunque no quiera- al llegar a un lugar para hacer algo más que gastar dinero. En especial los padres, cabezas de familia, no simpatizaban con que él hablara a los niños de las maravillas de la lectura, de ir a la escuela, de aprender cosas. Aquello era una clara intrusión a la educación de sus hijos.

Por su parte, Paco no sólo ignoraba estos comportamientos, sino que además trataba de hacerles comprender que su llegada era más venturosa que aventurada, que sus intenciones distaban mucho de ser malintencionadas y que ante todo pretendía acabar con esa situación de lo que él llamaba -y nadie entendía- “transmisión intergeneracional de la pobreza”. La mayoría de las veces,

no conseguía nada. Ni convencerles, ni siquiera ser escuchado hasta el final.

Sin embargo, Paco era un hombre tenaz. Había alquilado un apartamentucho un poco más adentro de la ciudad, desde el que venía andando casi todos los días. Las veces que no aparecía por la barriada era porque, según él, tenía que <<redactar esos estúpidos informes para demostrar que no estoy de vacaciones pagadas. ¡Ja! Eso es lo que piensan, porque eso es lo que ellos harían. ¡Pero qué panda de pánfilos!>>. Entonces se cabreaba, miraba al cielo con una mano sobre la frente y emitía una mueca despectiva. No lo podía evitar. Era así.

* * *

Con todo, pasaron tres semanas desde la llegada de Paco. Y de repente, un día, dejó de venir. En cinco días seguidos no se supo nada más. Hasta que reapareció de nuevo una mañana, bien pronto, acompañado por tres hombres bien vestidos, aseados, serios. Hasta él parecía otro con aquella camisa lisa con el cuello a medio planchar. Se pasearon por la zona, intercambiaron palabras -las justas, ni una más-, asintieron con la cabeza, ignoraron al resto de las personas -Paco no parecía el mismo-, negaron con la cabeza.

Por último, se marcharon. A la hora de comer. Tendrían hambre. Vaya cosa. Paco se quedó. Abordado por la gente, empezó a resolver preguntas, aunque nadie entendía una sola respuesta: que para solucionar el problema hay que atacar desde la raíz, que si los del PNUD no se conforman con cualquier cosa, que si los indicadores no mienten aunque nadie les haga caso... Al final, la conclusión de todo fue mucho más simple: que quedaba mucho por hacer.

Así que tres días después -Paco contó algo confuso sobre conseguir unos permisos y otros “misterios de la burocracia”-, un puñado de personas se plantaron en aquella desfavorecida zona y se pusieron manos a la obra. La mayoría eran jóvenes, probablemente estudiantes, y aparentaban buen ánimo y disposición. Casi todos venían de España: dos chicos, tres chicas y un perro. Sus apariencias eran de lo más variopintas, desde el tímido en jeans con cara de eterno complaciente y gafas insustituibles, hasta la chiquilla agujereada de piercings con rastas y pantalones caídos. Fueran como fuesen, todos parecían voluntariosos y decididos. Enseguida se trabaron amistades, se escucharon risas, se agruparon unos y otros -los de fuera, los de dentro, todos iguales, todos por igual- y se dejaron de lado las incómodas preguntas, los molestos prejuicios y hasta las rutinarias

penas de cada día.

El proyecto atacaba varios frentes: mejorar el suministro de agua potable en toda la zona, valorar otras infraestructuras básicas así como plantear un modelo de mejoras y ampliación futura de las mismas, fomentar y desarrollar el acceso a la educación, etc. En definitiva, aquella propuesta consistía a todas luces en algo mucho mayor, a priori, de lo que fue finalmente. No obstante, Paco siempre diría que la estimación no había de ser tan pesimista. Entre otras cosas, porque el problema principal no es tanto ya que los recursos sean limitados como que estén mal repartidos. Dadas las circunstancias, cada logro contaba, por supuesto. Eso sí, siempre quedaba un sentimiento que reclamaba algo más, no por codicia, sino por necesidad. Por muy difícil que a veces sea saber dónde acaba una y empieza la otra. Así que no es de extrañar que, ante tanta expectativa, hubiera que establecer prioridades. Fue gracias a eso como Samuel consiguió su bici.

* * *

Paco tenía la sana costumbre de comer fruta a todas horas. Especialmente manzanas. Desde que llegara allí, hacía ya algo más de un mes, tal vez hubiese devorado cuatro o cinco kilos. Claro que muchas veces las compartía. Una tarde, bien entrada, a punto del ocaso, estaba sentado en una placita de esas en que las casas que la rodean parecen estar colocadas casi por casualidad. Estaba distraído, comiendo una manzana con su navaja multiusos. Diríase que parecía preocupado. Samuel andaba por allí. Se le acercó.

<<Hola>>, saludó. Paco movió la cabeza en mitad de un mordisco a modo de respuesta. <<¿Quieres?>>, dijo a continuación. Samuel advirtió que en el suelo, a los pies de aquel hombre anormalmente apagado, había varios restos de cigarrillos. También lo acompañaba una sencilla bicicleta, apoyada en el único árbol que, centrado, habitaba la placita. El hombre sentado en el suelo tenía mala cara y llevaba sin afeitarse algunos días más de lo acostumbrado. El chico contempló largo rato la bici y, finalmente, mirando de nuevo la manzana, con un hambre voraz, respondió: <<Claro>>. La tomó con dedos temblorosos, se la llevó a la boca y pegó un enorme mordisco. Estaba fresca, algo ácida, pero sabía bien. Con la boca llena, preguntó: <<¿Ocurre algo? Pareces preocupado.>> Como salido de su ensimismamiento, Paco alzó la cabeza y replicó a su vez. <<¿Cómo? ¡Qué va! ¿Quién, yo? ¿Por qué lo dices?>> El niño contestó, devorando la pieza de fruta. <<Normalmente no fumas tanto de seguido>>. Mirando al suelo, Paco esbozó una sonrisa

cálida. Samuel se la devolvió. <<Las cosas no van bien. No me queda mucho aquí. La gente anda algo perdida, los recortes de presupuesto están a la orden del día y por el contrario no cesan de pedir informes de rendimiento>>. Samuel se interesó. <<¿Quiénes?>> Hubo un corto silencio. Al cabo, Paco habló. <<¿Quiénes qué?>> Estaba aún algo distraído. Samuel insistió, curioso. <<¿Quiénes te piden esos informes? ¿Y qué son? ¿Para qué sirven?>> Para nada, pensó Paco. Para hincharme las pelotas, se añadió. Pero no lo dijo. En su lugar, se calló un rato, se levantó, puso una mano sobre la bici y ofreció: <<¿Quieres otra manzana?>>

Estaban en el piso de Paco. Un pequeño apartamento de alquiler, apenas amueblado y equipado con lo estrictamente necesario para vivir. Al menos para una persona, de manera esporádica. Aquello ya era más de lo que Samuel podía soñar. En cualquier caso, era un lugar como el inquilino que lo hospedaba: sobrio, desordenado y acogedoramente cercano. Había platos sin fregar, muchos papeles tirados por todas partes -por el suelo, por la mesa, por la cocina-, un camastro revuelto... y una foto de una mujer y una niña sonrientes, abrazadas, en un marquito sobre la cómoda de la entrada.

Pero Samuel tampoco se iba a fijar mucho ni en el estado de la casa ni en lo que contuviera. Aún se sentía emocionado por el trayecto hasta allí, montado en la parte posterior de aquella maravilla de dos ruedas. Apenas habían tardado en llegar casi al centro de la ciudad -allí estaba el apartamento- una cuarta parte de lo que él tardaba cuando iba andando. Y no pocas veces lo hacía. Al fin y al cabo, había que buscarse la vida de la manera que fuese. Sí, con esa bici podría ahorrarse mucho tiempo...

Paco había ido a la cocina. Cuando volvió, traía una bolsa entera de manzanas, algo de pan y un trozo de queso. Se sentó en la mesa de la diminuta sala central de la casa y con su navaja partió el pan y el queso. Despacio, silenciosamente. Samuel empezaba a salivar, casi sin darse cuenta, pero no se atrevía a decir nada. No retiraba la vista del hipnótico y suave movimiento de la hoja cortando finas lonchas y crujientes rebanadas. Cuando Paco había llegado a preparar un primer modesto bocadillo, vio la cara del chico. Le dijo: <<Anda, quita esos informes de ahí. Pero no todos. Deja sólo los de 'Estado de las Condiciones y Suministro Energéticos' y pásamelos>>. El chico se quedó parado. Paco enarcó una ceja, dudó un momento y al fin comprendió. <<No sabes leer, ¿verdad?>> Samuel, entre avergonzado y decepcionado pensando que la respuesta le haría perder la única cena que probablemente tendría, negó finalmente con pesar. Paco le pasó el bocadillo, le tocó la cabeza y

de repente dio un respingo. Se levantó de la silla y empezó a pasearse frenéticamente por toda la habitación. <<¡Pues claro! Ese es el principal problema. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Qué clase de idiota soy? Por supuesto que hace falta tiempo, pero puede funcionar. Claro que puede funcionar. Es una opción costosa pero inteligente. Y tal vez no sea tan costosa. Seguroseguroseguro que sí. Esta es la buena. Gracias a ti, pequeño. Gracias, Samuel>>. Era la primera vez que le llamaba por su nombre. Ni siquiera sabía que lo hubiera aprendido en algún momento. Él, desde luego, no se lo había dicho. Y qué rico estaba el bocadillo. Paco parecía como loco de contento, nunca se le había visto así. Cogió un par de folios con membrete y se puso a rellenar formularios, a redactar formalidades, a justificar intenciones. Samuel masticaba animosamente, con la boca abierta y haciendo ruido, como si hubiera hecho algo muy importante.

* * *

Claro que ya había visto más bicis. Y motos, y coches, y camiones por la ciudad. Y bicis. Pero nunca había tenido una. Ahora la tenía. La vieja bici que Paco compró para venir de la ciudad. La misma que Paco le regaló antes de irse y la misma también que montaran juntos aquella tarde en la que se puso tan contento sólo porque Samuel no supiera leer. Ahora ya sí sabía. Y escribir. Eso le había abierto muchas puertas. Al menos ahora podía trabajar en una tienda en la ciudad, ganaba dinero que aportar en casa, hacía recados, tomaba pedidos, recogía y llevaba encargos... Era duro, más aún para un niño de doce años, pero merecía la pena. Le gustaba mucho pedalear.

Además, siempre le quedaba un poco de tiempo libre para ir a “La Ventana Mágica”, donde se encontraba con sus amigos y aprendía muchas cosas. Paco se había encargado de que aquello estuviera ahí. Después de la tarde del bocadillo de queso, Paco adquirió una vieja casucha de un antiguo propietario que ya no la usaba para nada, situada entre la ciudad y la barriada. Empezó a coordinar a la gente y, a los pocos días, aparecieron sillas, mesas, ordenadores, alguna pizarra, papeles, bolígrafos y más cosas.

Los voluntarios trabajaron muy duro en ello, pero en cuestión de tres semanas aquel lugar se convirtió en un centro común en el que los niños podían ir a aprender a leer y escribir, saber lo que era una computadora, para qué servía, lo que se podía hacer con ella. El chico que las montó -el de gafas- decía que eran cacharros prehistóricos. Paco contestaba que eran el resultado de la Junta de Departamento, que no sabían en qué gastarse el dinero que les sobraba, así que por qué no comprar

máquinas nuevas. Las viejas iban a ir a la basura, pero ahora estaban aquí, abriendo mundos de posibilidades a aquellos niños. No había nada que replicar en ello.

Optimista como siempre, decía que lo más importante era tener paciencia y seguir insistiendo. Que Internet ya llegaría, todo a su tiempo. Que siempre habría voluntarios disponibles que enviar allí. Que de momento los niños fueran conociendo las cosas poco a poco. Que al fin y al cabo la educación era lo más importante; que sin eso nunca se podría salir de la doblemente depresiva situación; que en la Universidad la mayoría no valora las oportunidades que tiene, tanto en el alumnado como el profesorado; que esto y aquello. Esas eran las cosas que Paco siempre decía y con lo único por lo que se enfadaba.

Ahora ya había pasado casi un año de todo aquello. Samuel y aquel extraño profesor que fumaba tabaco de liar y siempre se reía con exageración se hicieron buenos amigos. Tras la puesta en marcha de aquel modesto centro educativo, aquel visionario se fue dejando atrás un profundo recuerdo en aquellas gentes, especialmente en Samuel. Es por ello que, a su vuelta a España, Paco y él nunca dejaron de escribirse. Hacía sólo dos días que había llegado nueva carta. Paco volvía. Decía que traía novedades, que por fin tendrían una forma de comunicarse con todo el mundo, que la ventana tendría nuevos poderes.

Y Samuel releía contento la carta, sentado en el suelo junto a su bici, comiéndose una jugosa, fresca y verde manzana.

UN DÍA CUALQUIERA

Ayer fue un día cualquiera, tan normal como cualquier otro y tan especial como cualquier otro. Hubo una vez un hombre a punto de morir, consciente de su inminente final, que dijo algo así. O también me lo puedo estar inventando. Qué más da.

Sea como fuera, como decía, ayer fue un día cualquiera. Un día que empezó un poco más tarde de lo habitual, tal vez porque el anterior también acabó más tarde de lo acostumbrado. Un día de esos que al levantarte no piensas nada y que nada es todo en lo que piensas.

Tomé un ligero desayuno compuesto por un sandwich de jamón y queso y un bote de bebida isotónica -palabra altamente refinada donde las haya, pero que en el fondo no significa nada; quizá pueda decirse eso mismo de la mitad del diccionario-. Tras eso decidí sin más que era un magnífico día para ir esa noche al teatro. Me encanta el teatro aunque voy menos de lo que me gustaría. Tal comportamiento suele ser propio de la condición humana: frecuentar lo que nos disgusta e ignorar lo que nos gusta. Somos así.

Reservé una entrada por Internet para “Cyrano de Bergerac”, personaje que siempre me ha apasionado y que, sin embargo, nunca había visto sobre el escenario. Pasé el resto de la tarde haciendo todo tipo de naderías que ni siquiera recuerdo, hasta el momento en que me afeité, me aseé, me arreglé adoptando un estilo más bien clásico -elegante pero no demasiado-, me perfumé, cogí un libro para entretenerme por el camino -“El retrato de Dorian Gray”, de Oscar Wilde- y me marché.

Tomé el autobús y el metro acostumbrados para llegar al centro de Madrid e internándome por la calle del Pez encontré enseguida el lugar. Llegué allí el primero, pero no pude evitar decirle a la taquillera: “¿Llego tarde o sólo justo a tiempo?” Me respondió asintiéndome que aún no había empezado la función así que pedí mi entrada, una chica llegó tras de mí y la simpática mujer que atendía me preguntó: “¿Una o dos?” Yo contesté: “Sólo una, por favor”. Ella se disculpó: “Vaya, lo siento. Creí que venía acompañado”. Yo sonreí y contesté: “Esta noche no. Quizá la próxima”. Ella me devolvió la sonrisa, me dio el pase e inició la cola esperando para entrar.

La obra fue genial. Un regalo para los sentidos, una excelente combinación de humor, pasión, luz,

sonido, danza, buenas rimas, mejores actores, encantadoras actrices y variopintos personajes. El personaje principal muy bien representado, en su línea de esgrimista y poeta, autosuficiente y orgulloso, a la par que ágil y vivaracho como un felino bien entrenado: acrobacias y estocadas se combinaban con cabriolas y baladas. Rostand se hubiera sentido orgulloso.

Al salir del teatro eché a andar un tanto al azar por las calles de aquella zona de Madrid, y sin quererlo me encontré en la Luna. “Calle, de”, se entiende. Mandé un mensaje notificando mi embelesamiento dramático a una chica que conocí el anterior fin de semana, un encanto de mujer capaz de encantar a cualquier hombre. El objetivo era comprobar que estaba en algún lugar de la urbe, como bien me habían dicho mis informadores, y ya de paso pasar a saludar. Ella no es de la capital, pero viene algún que otro fin de semana. En esta ocasión repetía consecutivamente por motivos de placer, por supuesto.

Me vi llegando a la Gran Vía no sin antes rechazar las proposiciones de tres prostitutas subsaharianas que además de recordarme lo guapo que soy, lo mucho que me iba a gustar pasar un rato divertido o que fuera donde fuera, era mejor lo que ellas me ofrecían que cualquier otra cosa, llegaron incluso a intimidarme por su insistencia. Decir que no a una mujer es una experiencia magnífica, pero decir que no a tres mujeres seguidas, cuya verdadera motivación es sólo el dinero, es agotador y algo enervante.

Con todo, llegué a los ruidos, las luces, los humos y ese ir y venir constante de coches y viandantes que, como venas y arterias en el cuerpo, atraviesan y dan vida en un flujo continuo al macroorganismo cosmopolita. Fue entonces cuando acabé entrando en una conocida sala recreativa que por allí se alza, ya conocida de antes, para echar una partida a la divertida máquina de baile que se juega con los pies. Unos precoces adolescentes de alternativas vestiduras, un chico y dos chicas, entrenaban allí también sus piernas. Hice amistad con ellos enseguida, reafirmando el contraste entre sus atuendos y el mío.

Descubrí enseguida también que una de ellas -la que llevaba la camiseta más corta, tenía los pechos más grandes y se había pintado la cara con motivos florales y dibujos carnavalescos- se autoconfesaba lesbiana y decía que en toda su vida sólo podía alardear de dos cosas: sus tetas y lo buena que era en la cama. La otra chica, más modesta pero igualmente extrovertida, era a mi juicio más mona precisamente por su falta de comparable exuberancia. El tercero del grupo era uno de

esos chicos que son muy delgados pero que encierran una gran vitalidad. Me cayeron bien. En otro ambiente y con un par de copas encima, hubieran sido una aún más agradable experiencia.

Tras mi partida y aquel encuentro, para aquel entonces ya tenía respuesta en mi móvil que me confirmase el siguiente paso a seguir. Tomé el metro para recorrer por sus mismas entrañas esa Princesa que indiferente atraviesa el distrito de Moncloa. Un par de estaciones y me planté rápidamente en el lugar indicado. Pero antes, me lavé la cara en Hong Kong City. Así se llamaba el restaurante chino en el que un simpático niño de ojos rasgados me recibió en la puerta para preguntarme si quería mesa para uno. ¡Qué inteligente y espabilado me pareció! No tendría más de 4 ó 5 años, pero ya sabía el oficio. Le pedí que me dijera dónde estaba el baño y me indicó perfectamente. Felicité a los padres por su buena educación, entré en el servicio, salí y me fui.

En el local donde había quedado había un buen ambiente. Se trataba de uno de esos sitios en que hombres y mujeres por igual visten con ropas cuyo color más predominante, además del rojo y el morado, es indiscutiblemente el negro, llevan cueros, hebillas, encajes, medias de rejilla o de rayas o de cuadros, faldas largas o cortas, botas de aplastar elefantes, pendientes, anillos, pinchos, collares y, si no olvido nada más, pulseras. Fuertes guitarras, baterías y voces en el hilo musical, cerveza y otros brebajes paseándose de mano en mano por doquier, masculinas y largas cabelleras ondeando al viento... Un lugar fascinante.

Hice amigos. Mi único contacto allí era la chica que conocí la semana anterior, pero enseguida me integré con el resto, pedí un zumo de naranja y traté de divertirme. Lo hice. Cambiamos de lugar a lo largo de la noche varias veces y me encontré con buen número de personas conocidas de hace tiempo, con las que crucé banales saludos y preguntas típicas de reencuentro. Bailé, consumí lo mínimo posible -apenas un par de Coca-Colas y algún que otro ofrecimiento a probar del resto-, me lo pasé bien.

Como anécdotas curiosas destacó en primer lugar la que encabezó uno de los presentes en el grupo, que me agasajó varias veces y me recordó una vez más en esa noche lo guapo que soy, siempre respetando muy mucho mi heterosexualidad, eso sí. Ese hombre me dejó una grata impresión. Una de esas personas que han vivido mucho, tienen mucho que enseñar, pero que son conscientes de lo mucho más que les queda por vivir y aprender. Una persona que sabe llegar a la gente y que puede conseguir muchas cosas si se lo propone. Obviamente, no todas. A mí no. Al menos todo lo que se

salga de casi cualquier cosa que no sea sexo. Pero me halagó bastante bien, la verdad.

Otra de las curiosas situaciones de la noche tuvo lugar cuando, mientras bailoteaba a mi manera particular y nada organizada de hacerlo, un chico me llegó desde atrás y me preguntó dónde me había comprado mi camisa negra. Era una forma como otra cualquiera de presentarse, así que establecimos conversación. Pronto me daría cuenta de que trataba de instarme a que hablara con su amiga, ya que se había fijado en mí pero era un tanto vergonzosa. Al momento estaba sentado junto a ella, hablando de todo y de nada, dirigiendo una conversación protocolaria que acabó por aburrirme. Corté el momento para volver con mis compañeros, pero en cuestión de segundos se desencadenaron más cosas: me dio su teléfono, me insistió en que la llamara, su amigo en un aparte me confesó que ella ya se había fijado en mí desde el fin de semana pasado y que llevaban toda la noche buscándome, se despidieron rápidamente y desaparecieron.

Lo cierto es que la noche acababa y el local cerraba ya. Todos salimos poco después. Una vez fuera, hubo que decidir el siguiente paso, que no fue otro que ir a desayunar, en mi caso un sabroso Cola-Cao con un par de porras. Charlamos entonces de varias cosas, pero principalmente de juegos de rol, series de televisión y algo de literatura.

Por último, llegó la hora de irse a casa. Despedidas, un metro, un autobús, un pijama y en la cama. Pero no fue tan deprisa, claro. En el trayecto del subterráneo a la parada de bus una japonesa de mediana edad me preguntó en un inglés mucho mejor que el mío dónde estaba la estación de autobuses para ir a Segovia. Por suerte lo sabía y le indiqué como mejor pude, notando de nuevo que mi nivel de inglés no es muy bueno, pero sí suficiente. Hay muchas cosas en la vida en las que pasa eso y no hacemos nada para cambiarlas. Quizá sea puro conformismo, pereza, ineptitud, quién sabe. Espero que esa buena mujer llegara bien a su destino.

Desde luego yo llegué al mío, eran las nueve de la mañana, estaba cansado y la noche había terminado. Me acosté en la cama con una expresión de satisfacción en el rostro y me dormí enseguida. Era el fin de un día cualquiera.